

El papa Francisco abre itinerarios culturales para el cambio de época

Joaquín García Roca. Consejo de Dirección. Universitat de València.

A lo largo de cincuenta años, IGLESIA VIVA, como revista de pensamiento cristiano, ha acompañado los cambios culturales y, a la vez, se ha dejado acompañar por ellos para actualizar el Evangelio, vivir humanamente y construir una sociedad más justa; quienes la iniciaron y la han continuado no se han limitado a ser simples huéspedes ni meros invitados de la sociedad, sino coproductores de la situación y partícipes en la resolución, agentes y pacientes en sus logros y fracasos, cómplices y herederos del giro de época.

Fue el Concilio Vaticano II quien dio la señal de salida para abandonar un sistema anquilosado y adentrarse en el mundo contemporáneo; sin embargo, la llegada a la época moderna estaba llena de resistencias, desconciertos e incertidumbres, que empezaron ya en el aula conciliar y se radicalizaron en el posconcilio. Cuando los padres conciliares abandonaron Roma a finales de 1965, tras dos años largos de reclusión en el aula, llegaron a sus comunidades y

encontraron un mundo distinto y un contexto cultural y social que había cambiado. La vida real había continuado a lo largo de sus cuarenta meses de ausencia, en los que la humanidad había enviado sondas a la Luna y a Marte y los astronautas habían paseado por el espacio. La guerra fría había alcanzado proporciones alarmantes. En China se había iniciado la revolución cultural, mientras se intensificaba la guerra en el Vietnam. Empezaban a manifestarse los jóvenes universitarios en todas las universidades mundiales (lo que se ha conocido como el mayo francés). El mundo que ellos habían dejado en 1962 para ir al concilio había cambiado profundamente y sus propias decisiones habían envejecido a causa de los profundos cambios que estaban aconteciendo.

Pero lo más sorprendente era que los propios obispos habían cambiado. Para todos ellos la participación en el concilio había sido una experiencia vital, que había sacudido sus personalidades e incluso provocado una serie de conversiones en cadena. Como refiere el gran historiador del Concilio Giuseppe Alberigo, fue muy sonada la conversión del P. Parente, uno de los máximos exponentes del Santo Oficio, opositor a la colegialidad. El Cardenal canadiense

La participación en el concilio había sido para los obispos una experiencia vital, que había sacudido sus personalidades e incluso provocado una serie de conversiones

Leger escribía en 1966: «Si el Concilio no nos ha convertido, si no nos ha cambiado la vida, si no ha despertado en nosotros responsabilidades hasta entonces inesperadas o ignoradas, no ha servido para nada». Al año siguiente Leger marchaba a África a compartir la suerte con los leprosos. El Cardenal Lercaro se comprometía en su diócesis de Bolonia en una profunda reforma y se convertía en un activista por la paz. Muchos renunciaron a comportamientos conservadores. De conversión habló el propio Helder Cámara como condición

para realizar coherentemente la herencia del Concilio, renovar, revitalizar y rejuvenecer la Iglesia. Él fue uno de los 40 obispos que, pocos días antes de la clausura del Concilio, firmaron en las catacumbas de santa Domitila el llamado *Pacto de las Catacumbas*, de cuya repercusión, sobre todo en Latinoamérica, habla en este número Jon Sobrino. El primer concilio realmente universal tuvo el coraje de proclamar que el movimiento de Jesús no está encadenado al pasado y reconocer que la Iglesia de Jesús se había anquilosado en estructuras anti-evangélicas; y de este modo, se activó la mayor esperanza que la Iglesia produjo en el siglo XX al afrontar desde el Evangelio los tiempos modernos y los nuevos modos de vivir, esperar, pensar y amar de nuestra gente.

No todos, sin embargo, lo entendieron así y se dedicaron desde el primer momento a reconducir por buen camino las propuestas conciliares y a interpretarlas desde los concilios anteriores. Algunos se dedicaron a conver-

tirlo en derecho canónico y empezaron a hablar de todo aquello sobre lo que el concilio había permanecido en silencio, desde los fines del matrimonio hasta los métodos de regulación de la natalidad, desde el celibato de los sacerdotes hasta el papel secundario de la mujer. Al cerrar un periodo en el que el catolicismo se había desenganchado de la evolución de la sociedad, a unos les embargó el miedo, que siempre resulta funcional a la conservación e intentaron desactivar los dinamismos conciliares, desprestigiar sus hallazgos y amortiguar sus energías, lo que se consumó cuando los que perdieron en el aula conciliar gobernaron las instituciones eclesiásticas, hasta lograr que las generaciones jóvenes, incluidos los nuevos presbíteros, ignoraran el Concilio.

Para otros fueron tiempos para la búsqueda y la renovación. Entre otros, IGLESIA VIVA se comprometió a reconstruir los puentes y aventar las brasas conciliares, que iban ahogándose bajo tantas cenizas, a estimular las brújulas que se iban oscureciendo en el interior de los procesos de modernización en el Norte y en los procesos de descolonización en el Sur; y acompañar los cambios socio-culturales para la humanización de la iglesia y la evangelización del mundo. En muchos momentos, la revista ha sido el rompeolas de turbulencias, inercias, oposiciones y desconciertos producidos por la restauración eclesiástica, el neoliberalismo político y el neoconservadurismo cultural. Ha explorado a lo largo de su trayectoria todos los itinerarios culturales. Lo hizo con la modernidad y la posmodernidad, con la cultura conservadora y la progresista, con el neo-liberalismo y con el marxismo. La trayectoria del pensamiento cristiano de la revista ha transitado un largo y denso peregrinaje que nos llevó a enfrentarnos a irracionalismos y a fundamentalismos con la misma convicción que lo hacíamos al subjetivismo posmoderno, al secularismo excluyente y al laicismo sectario. De esta larga aventura quedaron, como dice el poeta, tres cosas: la certeza de que siempre estamos empezando, ya que la realidad está siempre en despedida; la certeza de que hemos de seguir, ya que los procesos culturales están permanentemente abiertos; y la certeza de que seremos interrumpidos antes de alcanzar los objetivos, ya que el tiempo es superior a todos los resultados.

El humanismo cristiano

La llegada del papa Francisco ha abierto nuevas perspectivas para la producción de un pensamiento cristiano liberador, interesado en crear nuevos puentes y reconstruir lazos deteriorados y otro modo de decir y de actuar, otro temple de ánimo y actitud existencial, otro tono afectivo y espiritual. Es un régimen atencional que ya ha construido sus propias brújulas en el pueblo fiel: "el gozo del evangelio", "la revolución de la ternura", "la cultura del encuentro", "el hospital de campaña". Diagnostica que "sufrimos de anquilosamiento y pide que dejemos de ser "coleccionistas de antigüedades" y

“cultivadores de teologías narcisistas”. Y ante el Congreso de la Iglesia italiana señala la dirección de la marcha: “ante los males y los problemas de la Iglesia es inútil buscar soluciones en conservadurismos y fundamentalismos, en la restauración de conductas y formas superadas que ni siquiera culturalmente tienen capacidad de ser significativas”¹. Más bien solicita “audacia y creatividad a la hora de repensar los objetivos, las estructuras, los estilos y los métodos evangelizadores”². “No estamos en una época de cambios —les advierte a los Obispos brasileños—, sino en un cambio de época, quizá hubo respuestas para la edad infantil pero no para la edad adulta”.

Para esta tarea disponemos de la propuesta programática del papa Francisco, especialmente en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*³, texto sencillo y radical, evangélico y provocador que “indica caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años” (EG n.1) y en la encíclica *Laudato si*⁴, que muestra de manera clara y sugerente lo que puede ser hoy el encuentro con el pensamiento científico. Las indicaciones del papa Francisco no han sido incorporadas suficientemente a la vida de la Iglesia; más bien han sido ninguneadas o cooptadas a través de silencios e interpretaciones torticeras. El propio papa se ha visto obligado a hacer una petición solemne a la Iglesia Italiana reunida en el V Congreso: «En cada comunidad, en cada parroquia, en cada dió-

Este tránsito hacia el humanismo, que se está produciendo en el Papa Francisco, no deja indiferentes a católicos ni a agnósticos ni a increyentes que ven en él un emisario de lo que anhela la humanidad

cesis, traten de poner en marcha, sinodalmente, una profundización de la *Evangelii Gaudium*, para obtener de ella los criterios prácticos y para realizar sus disposiciones».

En las consideraciones que Francisco hace a la Iglesia italiana para la nueva época no habla de pensamiento cristiano sino de humanismo cristiano, para significar una perspectiva integral en la que el pensamiento se arraiga en los sentimientos, en la acción y en las instituciones. Si el pensamiento cristiano logra realizarse como un humanismo con arraigo existencial social y político podrá vencer hoy la irrelevancia, que le ha convertido en algo totalmente prescindible para un número cada vez mayor de ciudadanos, e insignificante y residual, sin capacidad de interesar ni inquietar. Este tránsito hacia el humanismo, que se está produciendo en el papa Francisco, no deja indiferentes a católicos ni a agnósticos ni a los increyentes, sino que más bien se le reconoce con autoridad, como un emisario de lo que realmente busca y anhela la humanidad.

En las consideraciones que Francisco hace a la Iglesia italiana para la nueva época no habla de pensamiento cristiano sino de humanismo cristiano, para significar una perspectiva integral en la que el pensamiento se arraiga en los sentimientos, en la acción y en las instituciones. Si el pensamiento cristiano logra realizarse como un humanismo con arraigo existencial social y político podrá vencer hoy la irrelevancia, que le ha convertido en algo totalmente prescindible para un número cada vez mayor de ciudadanos, e insignificante y residual, sin capacidad de interesar ni inquietar. Este tránsito hacia el humanismo, que se está produciendo en el papa Francisco, no deja indiferentes a católicos ni a agnósticos ni a los increyentes, sino que más bien se le reconoce con autoridad, como un emisario de lo que realmente busca y anhela la humanidad.

1 Este importante discurso del 10 de noviembre de 2015 puede consultarse en www.vatican.va.

2 Punto 2. del discurso del 20 de julio de 2013, que se puede consultar en www.vatican.va.2013

3 Este importante documento de 2013, que será muy citado, puede consultarse en www.vatican.va.

4 Esta primera encíclica de Francisco, totalmente suya, disponible en www.vatican.va.

La religión cristiana que, en otro tiempo, colaboró decididamente a construir las sociedades humanas sobre “el dentro-fuera”, “lo propio-lo ajeno”, “lo cercano y lo lejano”, como humanismo cristiano está hoy convocada a de-construir muros físicos, mentales y simbólicos y a colaborar con otras sabidurías mundiales, confesiones e instituciones locales e internacionales. El humanismo cristiano, que propugna Francisco invierte los dinamismos religiosos, que han estado más interesados en proteger identidades excluyentes, construir sistemas cerrados y evitar el contagio con otros pueblos, con otros cantos y otras religiones, que en salir al encuentro. Con una aguda conciencia del pluralismo de las sociedades, de las culturas y de las religiones propone salir al encuentro. La verdad acontece en el encuentro. La continua referencia a Jesús de Nazaret, al Dios de la misericordia y a los empobrecidos de la tierra, así como la renuncia a discursos moralizantes y actitudes acusadoras, crea las condiciones para una nueva aurora del cristianismo más interesado por la vida que por el pecado, más por el perdón que por las condenas, más por la “la tierra, el trabajo y el techo” que por ser un suplemento de las almas.

Y el pensamiento cristiano afronta nuevas encrucijadas a causa de las actuales transformaciones radicales y aceleradas, revoluciones científicas y metamorfosis sociales, cambios sistémicos y colapsos económicos que inauguran una nueva residencia mental y cordial, un estado de conciencia colectiva y un nuevo estatuto de lo social caracterizado por la complejidad e incertidumbre. La persistencia de la pobreza y de la precariedad, como resultado de un sistema económico que expulsa y descarta, el proceso de mundialización que crea un mundo único e interconectado, la presencia en el espacio público laico, la emergencia de la conciencia ecológica, la gestión democrática, la revolución protagónica de la mujer, la sociedad tecnológica y la relación de la fe con las ciencias físicas, médicas o biológicas son algunas de las nuevas fronteras de la fe cristiana⁵.

El escenario de la cultura

“No conviene ignorar, afirma Francisco, la tremenda importancia que tiene una cultura marcada por la fe, porque esa cultura evangelizada, más allá de sus límites, tiene muchos más recursos que una mera suma de creyentes frente a los embates del secularismo actual” (EG 68). ¿Qué significa la cultura en la construcción del humanismo cristiano? ¿Cuáles son los apremios culturales como espacio de evangelización?

La cultura es como una célula-madre que se despliega, se recrea y se vivifica en cuatro dimensiones básicas: la educación del gusto, la adquisición

⁵ El lector interesado en el diálogo con todas estas realidades puede leer mi libro *Las nuevas fronteras del cristianismo*. 2016 (en imprenta). Editorial Diálogo-Ediciones Tilde. Valencia.

de conocimientos, la configuración del pueblo y la energía del espíritu. En cada escenario se articulan la fe con la cultura de un modo diferente. Un primer aspecto de la cultura hace referencia a la buena sociedad que se despliega en el tono y cariz de la presencia pública, en un gusto de discernimiento. Un segundo aspecto de la cultura alude a la formación y al desarrollo de capacidades y habilidades que se adquieren a través del aprendizaje; se dice de alguien que es culto cuando dispone de conocimientos. En este sentido, el universo de la fe requiere de medios e instrumentos para anunciarse, transmitirse y comunicarse. En tercer lugar, la cultura equivale a la mentalidad que conforma un grupo humano y lo identifica públicamente; un pueblo culto es aquel que tiene instituciones adecuadas, inteligencias colectivas y prácticas sociales, que conforman la identidad propia de un grupo humano. Y, en cuarto lugar, la cultura alude al componente espiritual, a los dinamismos internos, personales o colectivos, que aspiran a la verdad, a la bondad, a la justicia, a la belleza; es el espacio del Espíritu que bulle en el interior de los procesos sociales, económicos, éticos y políticos. ¿Cuáles son las aportaciones del papa Francisco en la guía de ruta que ha señalado para introducir a la Iglesia hoy en el cambio de época? ¿Dónde están los puntos de inflexión con respecto a los planteamientos anteriores?

El buen gusto de la fe

La cultura es también el resultado de procesos civilizatorios que construyen la convivencia mediante una red de convenciones, de buenos modales y de costumbres cívicas. La cultura nos libra de los instintos agresivos y destructivos, controla la barbarie y la violencia, y establece relaciones de buen gusto y de buena educación. El concepto de buen gusto es tanto un concepto moral como estético, que alude a un ideal de humanidad que se esfuerza por librarse del dogmatismo de la escuela, de prejuicios irracionales y de la estupidez de los intereses y preferencias privadas. El gusto es una manera de conocer y de sentir, una facultad espiritual de discernimiento. Por el gusto nos sentimos heridos por lo que repugna y atraídos por lo que tiene valor. El gusto no es algo privado sino un fenómeno social que opera en el ámbito de la comunidad y tiene pretensión de validez y de verdad, aunque no se pueda argumentar ni demostrar; en cuestiones de gusto, se suele decir, se lucha, pero no se discute ni se demuestra, pero tiene pretensión de verdad. “No hables así de tu hijo, ten educación” se dice de unos padres que denigran a sus hijos ante comportamientos indeseados, aunque de algún modo tengan razones objetivas para ello. “No tiene cultura” se dice de un dirigente que se relaciona de manera arrogante con las personas débiles. “Me hiere, pero no sabría decir por qué” se dice ante un comportamiento sectario. En este sentido la cultura es una facultad del buen gusto, del sentido común, del temple

de ánimo. Sin gusto, buenos modales y buena educación no existen puentes culturales para la fe.

La fe cristiana celebra actualmente haberse librado del mal gusto cognitivo, ético y estético, que supuso la barbarie de las guerras de religión, los desafueros de la Santa Inquisición, las torturas por razón de las creencias, las persecuciones religiosas, los prejuicios contra la diferencia, la discriminación constante de la mujer, la violencia y el terrorismo en nombre de Dios. Por el contrario, hieren y ofenden los comportamientos autoritarios, el sometimiento de la mujer, la desatención a los débiles. Recuerdo que a mi pueblo le parecía de buen gusto y de sentido común que "el tonto del pueblo", así se les llamaba, ocupara un lugar privilegiado en el altar; era el buen sentido de la comunidad, aunque no hubiera argumentos utilitarios para justificarlo. Gozaba de validez, aunque sólo tenía el "gusto" de la fe y el juicio de la buena sociedad.

El papa Francisco está creando y reconstruyendo los puentes culturales del buen gusto como un domicilio de la fe. En primer lugar, ha traído un nuevo temple de ánimo a la Iglesia. "Quién soy yo para juzgar" no es primariamente un juicio moral sino un tono cultural, ético, pastoral y teológico. Hablar de la alegría del Evangelio, de la ternura de Dios, de la misericordia de Jesús o de que otro mundo es posible crea un clima cultural y una sabiduría colectiva que no se conocía anteriormente en el espacio eclesial. No se trata sólo de actitudes morales puntuales, sino como dice el propio Francisco de un "sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales" (EG 122) que contagian el gozo del evangelio y la calidad de una fe evangélica. Es un tono que ha despertado grandes resistencias en aquellos que se habían acostumbrado a confundir la fe con el ceño rígido y la voz de mando. Recientemente, en una conferencia pronunciada en Valencia por el Presidente del Pontificio Instituto Juan Pablo II sobre el Matrimonio y la familia, monseñor Livio Melina despreciaba ese tono de Francisco con una desatinada comparación. "Un abuelo está tentado con frecuencia de conquistar el favor de los nietos concediéndoles todo lo que le piden, no quiere hacerse impopular con prohibiciones desagradables, le basta que los pequeños se diviertan sin hacerse demasiado daño. Por el contrario, un verdadero padre, a quien le importa el destino de sus hijos y su auténtico bien, debe hacerse cargo de corregirlos y de decirles también aquello que no es momentáneamente agradable, y que les invita a la conversión". Dejo al buen juicio del lector, asignar el papel del abuelo y del padre en la Iglesia actual.

Este tono de buen gusto se despliega en un modo diferente de diagnosticar la realidad actual. Bastará comparar su forma de entender la situa-

Hablar de la alegría del Evangelio, de la ternura de Dios, de la misericordia de Jesús o de que otro mundo es posible crea un clima cultural y una sabiduría colectiva que no se conocía anteriormente en el espacio eclesial

ción actual y el diagnóstico que la Conferencia Episcopal Española ha hecho de la sociedad española en el Plan pastoral para los próximos cuatro años 2016- 2020, titulado *Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo* (diciembre 2015)⁶. El diagnóstico de la Conferencia repite lo que viene siendo habitual desde la década de los ochenta: “la poca valoración social de la religión, la exaltación de la libertad y del bienestar material, el predominio de una cultura secularista, el subjetivismo y relativismo, la cultura del todo vale” (pp.20-26). Y así se repite cansinamente en muchas iglesias locales: “nuestra cultura está marcada por la increencia, la secularización profunda o la indiferencia religiosa”. En consecuencia, “el futuro del hombre y de la sociedad está jugándose hoy, entre nosotros como en el resto de España o de Occidente, en el campo de la cultura”. Si el problema básico es de índole cultural, habrá que privilegiar Congresos, Conferencias, Universidades de la Iglesia, Escuelas confesionales, institutos de investigación, radios, periódicos y televisiones propias. En el diagnóstico de Francisco, por el contrario, ocupa un lugar privilegiado la referencia a “un sistema social y político que expulsa, descarta y

En el diagnóstico de Francisco ocupa un lugar privilegiado la referencia a “un sistema social y político que expulsa, descarta y mata” y que promueve actitudes y estilos funcionales al capitalismo existente que acrecienta el sufrimiento de los débiles y la injusticia evitable

mata” y que promueve actitudes y estilos que le resultan funcionales al capitalismo realmente existente y acrecienta el sufrimiento de los débiles y la injusticia evitable. Para Francisco, el futuro del hombre se juega en la suerte y el destino de los pobres e invita a “establecer la fraternidad, a vivir en la creación como una casa común, a proporcionar razones para la alegría y el humor, también en medio de una *vida dura*”. El humanismo cristiano «está llamado a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a

ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos». Así las cosas, concluye, “los pobres tienen un puesto privilegiado en el pueblo de Dios” en una Iglesia siempre cercana a los abandonados, a los olvidados, a los imperfectos”.

No cabe duda de que las dos situaciones apremian hoy, pero evangelizar los valores desde el lugar de la pobreza no es solo un nuevo departamento que se abre ni es una competencia exclusiva de las Caritas, sino una forma de pensar, de estimar, de sentir y de actuar que afecta al gusto de ser cristiano. A esta disonancia tan evidente no parece dársele importancia en el Plan CEE ya que afirma sorprendentemente que “no podemos esperar que el papa, ni ninguna otra persona que no viva inmersa en nuestra realidad social, puedan darnos hecho el análisis cultural y espiritual de nuestra sociedad” Es así que el diagnóstico cultural de la CEE se apoya explícitamente en otros

⁶ Se puede bajar este texto de la página de la Conferencia Episcopal: [Plan pastoral 2016-2020](#).

papas anteriores, todo hace pensar que el único papa incapaz de entender lo que nos pasa es el que "viene del último rincón del mundo" y que paciente-mente hay que esperar a que pase para reconducir los estragos. Lo sorprendente es que los obedientes de ayer, cuando la autoridad coincidía con sus ideas, se rebelan hoy contra la autoridad papal.

Frente a tantos diagnósticos basados en "la crisis espiritual y el eclipse de Dios" el papa presenta un tono esperanzado, que pide y promueve valentía y audacia para la alegría del Evangelio. La prueba mayor de la producción de "buena sociedad" es la construcción del enemigo. Mientras hay quien necesita de la oposición para sobrevivir y fortalecer la propia identidad, la perspectiva de Francisco ensaya la cooperación y la convivencia. Es la llamada que Francisco hace a las religiones y a las instituciones políticas, que dejen de construir muros e intenten disolver barreras en aras de la única familia humana. Hay diagnósticos que están lejos de ver la presencia activa y amorosa de Dios en el mundo ni como padre ni como abuelo. La aportación decisiva del papa Francisco consiste en orientar la mirada esperanzada hacia los yacimientos del sentido de la fe y de la buena sociedad que se cultivan en el pueblo fiel, en los pueblos empobrecidos, y en priorizar la lucha contra el mal que causa hambre y pobreza, destruye la casa común, en lo que el papa Francisco llama la "Tercera Guerra Mundial a plazos". Cada vez son más los creyentes que arraigan su condición cristiana en la lucha contra todas las formas del mal que se abre creativamente a una historia según Dios. Y, como hemos dicho, las propuestas del papa Francisco no son irrelevantes pues no dejan indiferentes ni a los católicos ni a los agnósticos ni a los incrédulos, sino que más bien se le reconoce por muchos autoridad, como la de un emisario de lo que realmente busca y anhela la humanidad.

La cultura informada

La cultura alude a la formación, que desarrolla las capacidades a través de instrumentos adecuados, al igual que el conocimiento de la ortografía es un medio por el que se aprende a escribir, un catecismo es un medio para conocer los contenidos de la fe, una homilía explícita la Palabra o la teología puede ser un medio para acceder al ministerio. De este modo la cultura cristiana ha generado instrumentos como la catequesis, la predicación, las teologías, los sistemas de comunicación como condición de existencia, ya que la fe viene del oído, trasmite una memoria y actualiza una tradición. ¿Cuáles son los puntos de inflexión del pensamiento cristiano con respecto a la formación en el cambio de época? "La evangelización entendida como inculturación es una realidad nunca acabada" (EG 126) que "trasmite la fe de maneras siempre nuevas... y el pueblo la recrea permanentemente... según su genio propio y la enriquece con nuevas expresiones" (EG 122).

A vueltas con la mística

Francisco hace una aportación típica de la teología del Sur: la reivindicación de la mística popular, que es una "espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que se expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental y encarna el Evangelio en expresiones de oración, de fraternidad, de justicia, de lucha y de fiesta (EG 124, 237). Son un "lugar teológico al que debemos prestar atención a la hora de pensar la nueva evangelización" (EG 126). Esta insistencia de Francisco por preservar el entronque con la tradición mística y espiritual está suscitando serias reservas y graves reproches por parte de algunos teólogos de oficio, que le reprochan ser "un pastor que no sabe teología"; se le acusa a él y a sus colaboradores de "falta de competencia doctrinal y teológica, más dados a lo pragmático y político que a lo reflexivo y serio". Y sentencian que "la fe sin doctrina no es nada" y que "la alternativa a una Iglesia de la doctrina no es una Iglesia del amor sino una Iglesia arbitraria". Se ignora que esta vinculación de la fe a la mística pertenece a la mejor tradición del pensamiento cristiano.

Si la evangelización necesita de la mística popular, la teología ha de asumir "la gracia de la misionariedad, que sale de sí y peregrina" (EG124). Y

Una teología que no esté enraizada en el amor y en la práctica es pura retórica, y por eso pide a los teólogos que "no se contenten con una teología de escritorio"

solicita de los teólogos un mayor equilibrio entre las verdades y la vida", critica abiertamente "una teología estrecha y academicista desapegada de la vida, de la piedad y de la praxis". En ningún caso desprecia la libre reflexión teológica pero "sólo pueden hacer crecer a la Iglesia, y ayudar a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra... si las distintas líneas de pensamiento filosófico, teológico

y pastoral, se dejan armonizar por el Espíritu en el respeto y el amor" (EG. n 40). Una teología que no esté enraizada en el amor y en la práctica es pura retórica y por eso pide a los teólogos que "no se contenten con una teología de escritorio". Ni miren a la humanidad "desde un castillo de vidrio para juzgar y clasificar a las personas". Este conocimiento del amor tiene un largo recorrido en la mejor tradición teológica, solo negado por aquellos que han convertido la tarea teológica en una función académica y burocrática.

Esta revolución de la sensibilidad y del amor ha de impregnar, asimismo, las homilias que han de distanciarse "del lenguaje teológico especializado, que no resulta familiar a quienes escuchan" (EG 158) y sugiere que se usen "imágenes atractivas, familiares conectadas con la propia vida" (EG 157). Hasta qué punto estas consideraciones han caído en saco roto lo muestra el *Directorio homilético* publicado por la Congregación para el culto divino y la disciplina de los Santos en 2015 en el que se propone que la homilía ha

de ofrecer “una mayor doctrina y extraer las implicaciones morales y doctrinales” (n. 32); para lo cual “el Catecismo de la Iglesia católica es un recurso inestimable para el homileta” (n. 23, 157). La mayor parte del documento está dedicado a relacionar los números del Catecismo de la Iglesia católica con la liturgia de cada domingo a fin de estimular al “homileta a consultar el Catecismo” (n.160). Mientras el papa advierte que el predicador debe ser herido por la viva y eficaz palabra de Dios, y ser capaz de penetrar en los corazones de quienes escuchan (EG 150) en la propuesta de la Congregación sirve para “explicar las enseñanzas dogmáticas y morales” (23).

La polifonía del lenguaje

La gran aportación de Francisco para reconstruir el puente de la transmisión de la fe es desarrollar la polifonía del lenguaje que permita recuperar su arraigo existencial, social y político. Es necesaria la poesía si con ella se pone en contacto con el misterio, la música si con ella se despierta el asombro, la ciencia si con ella se capta el enigma de lo real, el relato que permite entrar la vida en la reflexión; pero sobre todo, “la connaturalidad afectiva que da el amor”. Para Francisco, si se hace el entronque de la fe con la cultura en el laboratorio sólo se conseguirá articular la fe-laboratorio con una cultura-laboratorio, muy lejos del encuentro personal con Jesucristo y con la realidad que siempre impregnó la mejor teología, como reconocía uno de los más grandes teólogos del siglo XX, Karl Barth, al afirmar que para su trabajo necesitaba el concurso de dos elementos: la Biblia y el periódico, “lo máximamente fijado y canonizado y lo máximamente efímero y mutable”. Por esta razón la expresión tan habitual de que la fe supone la cultura es sustituida por “la gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien la recibe”. Con gran acierto Andrés Torres Queiruga ha dado cumplida respuesta: “quien al escucharle, leer sus entrevistas y repasar sus escritos no perciba ahí una profunda y muy actual sabiduría teológica, o no sabe teología o, lo que es peor, tiene una idea muy estrecha y academicista de su esencia y su función”.

Le sobran razones a Francisco para subrayar que “la nuestra no es una fe-laboratorio, sino una fe-camino”, y romper “la identificación de la fe con los conocimientos sobre la fe” que lleva a priorizar a la Conferencia episcopal en los próximos años, Congresos, Jornadas, Conferencias⁷. El punto diferencial entre la propuesta del papa y las otras visiones no solo es el tono de la comunicación, ni la presencia de la afectividad sino sobre todo el criterio de abandonar el nominalismo y “poner la fe en práctica”, pues lo contrario

⁷ Mientras escribo este artículo recibo un libro-regalo de mi arzobispado que en su noble tarea de tener formados e informados a sus sacerdotes ha publicado las Jornadas diocesanas sobre “Vocación y misión del matrimonio y la familia en la Iglesia y en el mundo” (2015) conferencias todas ellas a cargo de cuatro conocidos cardenales que se oponen frontalmente al papa Francisco en sus enseñanzas sobre la familia. Todo un ejemplo de equilibrio y obediencia debida.

“degenera en intimismos y gnosticismos que no dan fruto, que esterilizan su dinamismo” (EG 233). Por esta razón, Francisco sugiere a la Iglesia italiana que “se acuerden de que el mejor modo para dialogar no es el de hablar y discutir, sino hacer algo juntos, construir juntos, hacer proyectos: no sólo entre católicos, sino juntamente con todos los que tienen buena voluntad”. Les propone “no mirar la vida (ni la cultura) desde el balcón, sino comprometeos, sumergíos en el amplio diálogo social y político”. Y evite “encerrarse en las estructuras que dan una falsa protección, en las normas que nos transforman en jueces implacables, en los hábitos en los que nos sentimos tranquilos”. Es una praxis que genera cambio social, conversión personal y compromisos que se distancian del ejercicio meramente intelectual. La fe

La tradición cristiana, desde sus orígenes, era fundamentalmente simbólica, narrativa, alusiva, poética. Sólo se necesitó del concepto unívoco cuando se hizo excluyente e impositiva

o genera compromisos éticos, políticos y espirituales o será sólo un discurso efímero: lo que lleva a denunciar a las “conferencias internacionales que se quedan en el reino de la idea, en buenas propuestas y proyectos”. “Las ideas desconectadas de la realidad originan idealismos y nominalismos ineficaces... purismos angélicos, proyectos más formales que reales...” (EG 231-232). Las propuestas

del papa están orientadas a generar procesos, comportamientos y buenas prácticas, que se despliegan en acciones cívicas que trascurren en la vida cotidiana, en estilos de vida que conforman personalidades y en trasformaciones políticas que crean condiciones de justicia a través de eslabones sostenidos en el tiempo ya que “el tiempo es superior al espacio” (EG 222-224).

Para algunos críticos, esta polifonía del lenguaje desmerece como magisterio; son aquellos que están más interesados por la ortodoxia que por la ortopraxis, más preocupados en defender certezas que en promover buenas prácticas, más seducidos por las ideas claras y distintas que por su capacidad transformadora. Se olvida que la tradición cristiana, desde sus orígenes, era fundamentalmente simbólica, narrativa, alusiva, poética. Sólo se necesitó del concepto unívoco cuando se hizo excluyente y precisó trazar fronteras e imponer ortodoxias. Como observa Lluís Duch en *La religión en el siglo XXI* (2012), “en algunos conceptos greco-cristianos como herejía, secta, apostasía, cisma, etcétera, intervino mucho más decisivamente el vocabulario de la filosofía griega que el de la propia religión cristiana, que en los primeros años era completamente adogmática y ni siquiera era una religión en el sentido convencional del término... La ortodoxia es siempre el fruto de limitaciones y de trazado de fronteras, de quienes ejercen el poder en ella, en ocasiones sin ninguna autoridad”.

La originalidad de este empeño por abrir la razón a otras experiencias de verdad consiste en cuestionar el monopolio de la razón que sólo funciona y se

orienta a su propia potenciación; en cuestionar el logo-centrismo que cancela dimensiones auténticamente humanas sin despreciar ningún resultado de la razón ya que el cristianismo nunca se acreditará en contra de la razón, sino que siempre estará a favor de ella, como proponía la conocida historieta del padre Brown. El simpático detective descubre que Flambeau es un falso sacerdote a causa de su relación con la razón. "Debo confesarle a Usted que mi oficio me convenció de que usted no era un sacerdote. –¿Y qué fue?, le preguntó el ladrón alocado. –Que usted atacó la razón y eso es de mala teología".

La cultura y la configuración del pueblo

El tercer puente que vincula el humanismo cristiano con la cultura hace referencia a instituciones, universos simbólicos, sistemas lingüísticos, costumbres y tradiciones que conforman un pueblo en el que se nace, se vive, se crece y se muere. Hablamos de cultura española o alemana para caracterizar todos los procesos constituyentes, que se han sedimentado en la lengua, en las confesiones religiosas, en las prácticas sociales, en tradiciones populares, en sistemas simbólicos. La evangelización nunca se ha construido sobre un vacío socio-cultural, sino sobre lenguajes, convicciones, mentalidades y prácticas preexistentes hasta el punto que la fe no solo produce pueblo sino que es también producida por el pueblo ya que está siempre afectada por las circunstancias históricas sociales y políticas.

La cultura produce pueblo

La fe tiene pretensión de configurar la realidad ya que "el pueblo de Dios se encarna en los pueblos de la tierra, cada uno de los cuales tiene su cultura propia... Se trata del estilo de vida que tiene una sociedad determinada, del modo propio que tienen sus miembros de relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios...La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien la recibe" (EG 115). "Convertirse en pueblo requiere un proceso constante en el cual cada nueva generación se ve involucrada. Es un trabajo arduo y lento que exige querer integrarse y aprender a hacerlo hasta desarrollar una cultura del encuentro en una pluriforme armonía" (EG 220). En la tradición de la Iglesia Latinoamericana desde Medellín a Aparecida, la cultura no tiene el sentido humanista de formación y conocimiento, sino que está relacionada con su aspecto histórico, social, económico y etnológico.

Pero esta configuración puede entenderse como un dominio impositivo por parte de quien se siente poseedor exclusivo de la verdad, de la belleza o de la bondad; así lo postulan quienes insisten en el papel único y privilegiado de las raíces cristianas en la construcción de España o de Europa. Francisco habla más bien de un proceso cooperativo con otros agentes, con otras ins-

tancias y otras confesiones; no aspira a convertirse en la única cultura que crea un pueblo, sino que connota siempre una unidad plural enraizada en una común historia y en un proyecto histórico común de justicia y de paz, que incorpora el conflicto como elemento constitutivo de la unidad del pueblo. El pueblo no nace de la paz de los cementerios sino de "la comunión en las diferencias", donde "los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme, que engendra nueva vida" (EG 228) de "un pacto cultural", de "una diversidad reconciliada" (EG 230), de una "multiforme armonía" (EG 117). "El modelo no es la esfera donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja las confluencias de todas las particularidades, que en él conservan su originalidad" (EG 236).

El papa establece algunos principios para gestionar la creación de pueblo. Un principio básico consiste en abandonar el "nominalismo formal" (EG 232) ya que "la realidad es superior a la idea". Hay dos cuestiones sensibles que en la actualidad muestran el tamaño del desencuentro entre la perspectiva del papa y ciertas visiones todavía hegemónicas que persisten en el mundo católico: la familia y la unidad de un país. Ambas realidades pueden comprenderse desde la idealidad abstracta o desde la nuda realidad histórica.

Nuestro tiempo tiene hoy empacho de abstracción; rechaza a quienes hablan de la pobreza y del paro y no han visto nunca a un pobre ni a un parado

Hay un concepto de familia y de patria que no existe en ninguna parte. Se habla de los derechos abstractos de la familia por encima de la realidad de las personas o de la unidad inviolable de la nación por encima de los pueblos. Es un reproche que formuló el presidente del Tribunal constitucional de Italia en diálogo con Benedicto XVI: les interesa más la Vida que los vivientes, más la Familia

que las personas que viven en familia. Francisco recupera esa lógica de lo viviente, que siempre es individualizada y de este modo clausura un periodo en el que la Iglesia hablaba del mundo, pero sin ponerse nunca o casi nunca en situación de mundo; no le ha interesado *su* actualidad, su tiempo concreto, singular y diferente de todos los demás, sino más bien la condición abstracta y fantasmal de "ser mundo".

La consecuencia es que en la abstracción no hay compasión, sino más bien principios innegociables. Nadie tiene compasión ni empatía con la homosexualidad ni con el divorcio, sólo se tiene con la persona en carne y hueso. La propuesta de Francisco es inequívoca "acoger con afecto y no tener miedo de la bondad ni de la ternura". Es cierto que el contacto con lo real y lo concreto puede ofrecer algún contagio, pero "prefiero tener una Iglesia accidentada que una Iglesia encerrada que se mira a sí misma, encorvada sobre sí y narcisista". Nuestro tiempo tiene hoy empacho de abstracción; rechaza a

quienes hablan de la pobreza y del paro y no han visto nunca a un pobre ni a un parado. Esta transformación cultural lo expresaba hace unos días un voluntario de la Cruz Roja ante la muralla de Melilla "Hasta que no abracé a un inmigrante no supe lo que era la inmigración. Nadie debería hablar de los inmigrantes si antes no les ha abrazado".

El pueblo produce cultura

El pueblo no es sólo receptor de la fe, sino también productor de la fe. Construye los signos del tiempo que son los grandes consensos alcanzados por la humanidad acerca de la libertad y la razón, la verdad y la justicia, la felicidad y la belleza. De ahí que los cambios sociales y culturales no pueden considerarse como un territorio hostil que deben ser conquistados por el Evangelio sino como el domicilio de Dios que plantó su tienda con los materiales culturales de cada época. Evangelio y cultura no suman dos, ya que no existe un lugar extra-cultural para el evangelio ni este se puede representar en un escenario a-cultural. La cultura no está suspendida sobre las cabezas de los creyentes, sino que es el domicilio y el hogar de todos los seres humanos.

"La cultura es algo dinámico que un pueblo recrea permanentemente y cada generación trasmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las situaciones existenciales, que este debe reformular frente a sus propios desafíos" (EG 122, 68). Este carácter dinámico y protagónico del pueblo fiel, Francisco lo hace valer para asuntos de especial importancia hoy. Concluye que "Dios dota a la totalidad de los fieles de un instinto de la fe –el *sensus fidei*– que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que les permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión" (EG 119). Lo cual significa que nadie puede hablar con autoridad si no practica previamente una escucha obediente, antes de hablar alguien con autoridad, ha de sentirse hablado por el sentido de la fe. De ahí el consejo a los que detentan autoridad que "caminen delante, detrás y al medio de su pueblo". Es el sentido de la fe quien le ha librado de ponerse al servicio de los poderosos. Y coherentemente no habrá razón en el futuro para prescindir de lo que la teología patristica y medieval llamó la "receptio" por la cual solo hay autoridad cuando es aceptada por la comunidad.

Este papel dinámico y creador del pueblo con respecto a la fe permite entender el gesto de hacerse bendecir por el pueblo inmediatamente después de presentarse como Obispo de Roma. Es un gesto que sorprendió a quienes consideran que el pueblo es solo receptor de bendición. Como tampoco sorprende que pregunte al pueblo sobre asuntos matrimoniales y de

familia en el contexto del Sínodo. Este aspecto ha sido torpemente rechazado como “sociologización de la fe” por aquellos que viven su teología resguardada de las inclemencias del espacio y del tiempo, de espaldas al pueblo. Hace unos años le oí decir a un teólogo de raza que la entrada del método conocido como ver-juzgar-actuar en las comunidades cristianas había originado la devaluación del Evangelio y su conversión en mera sociología, cuyo resultado es el sometimiento de la Palabra de Dios a los condicionamientos socio-culturales. “Muchas de sus afirmaciones, se le acusa, producen la peligrosa sensación de que la doctrina y la disciplina de la Iglesia podría adaptarse a las opiniones de las mayorías”.

En la condición histórica del cristianismo reside el punto crucial del encuentro con la cultura. No comprender esta condición significa creer que el cristianismo tiene su propio lenguaje, sus propios símbolos, sus propias instituciones y en consecuencia la cultura le resulta un estorbo. Este carácter a-histórico ha hecho que se confundan con la fe cristiana prácticas obsoletas ajenas a la sensibilidad del pueblo. Sucede cuando se mantiene la visión neoplatónica para representarse el orden social en forma jerárquica y piramidal.

Desde el comienzo de su ministerio, el Papa Francisco advirtió de los efectos contraproducentes que comportaba distanciarse de la realidad para convertir a la Iglesia en una realidad auto-referencial

O cuando la concepción feudal del poder que sirvió para convertir al papa en un señor feudal y a los obispos en una especie de gobernadores con capisayos y tiaras propias de aquellos tiempos, impiden la inmersión en la cultura democrática o la negación de los derechos de la mujer en la Iglesia; aspectos estos que el pueblo fiel no puede entender. En la cultura actual ni es creíble ni posible estar de espaldas al pueblo fiel, ni excluirlo de la participación en el gobierno. Torpemente

la voluntad popular, las libertades cívicas y los derechos individuales se consideraron enemigos de la iglesia jerárquica. La institución de la Iglesia y la cultura democrática caminarían por sendas contrapuestas. Nuestro tiempo no sitúa la verdad fuera de la historia, sino que ella misma tiene historia. Cuando la verdad se entiende como expresión directa y a-histórica de la voluntad de Dios no necesita la democracia ni la participación ya que se reviste de eternidad y universalidad, y de este modo libera o exculpa a los fieles de buscar la verdad, de iluminar su conciencia personal y de ejercer la responsabilidad cívica. Con razón, el papa Francisco considera al cristiano como una personalidad incompleta, más propensa a la pregunta que a la respuesta: “Si una persona dice que ha encontrado a Dios con certeza total y ni le roza un margen de incertidumbre, algo no va bien”; “Y si uno tiene respuesta a todas las preguntas, es prueba de que Dios no está con él”; “Un cristiano que lo tiene todo claro y seguro, no va a encontrar nada”.

Desde el comienzo de su ministerio, el papa Francisco advirtió de los efectos contraproducentes que comportaba distanciarse de la realidad para convertir a la Iglesia en una realidad auto-referencial, que no se deja afectar por los gemidos de los pobres y de la tierra. Llamó a salir a su encuentro y hacer que el Evangelio asuma el cuerpo real de la historia mediante la apuesta por el método experiencial y contextual. La fe y la teología se fecundaron por las filosofías de cada tiempo, hasta construir admirables síntesis filosófico-teológicas; posteriormente se abrió a las ciencias sociales y a la antropología cultural y se generó toda la gama de teologías de la liberación, y en nuestros días asistimos al encuentro con las ciencias, desde la nueva cosmología a la biopolítica, desde la física cuántica a la nueva biología. En la encíclica *Laudato sí'* el papa invita e inaugura el diálogo con "las ciencias que están construyendo el futuro del planeta". Aquello que científicamente está probado, se asume como verdad, y aquello que no lo está, invita a "asegurar un debate científico y social que sea responsable y amplio", pues "la ciencia y la religión que aportan diferentes aproximaciones a la realidad, pueden entrar en un diálogo intenso y productivo para ambas".

La cultura y el espíritu creador

La cultura hace referencia a las formas de sentir, de amar, de actuar, de trabajar, de relacionarse, de investigar que aspiran a la verdad, a la bondad, a la justicia, a la belleza; alude a la energía creadora del espíritu que tiende a un nivel superior de conciencia disolviendo sistemas cerrados y excluyentes, egoísmos personales y colectivos, estructuras del mal y del pecado; la energía espiritual sitúa a las sociedades en continua creatividad, habitadas por una fuerza mayor que le permite ascender y seguir adelante. Un astronauta miembro de una tripulación internacional recordaba: "el primer día todos señalábamos nuestros países; el tercer día señalábamos nuestros continentes. Para el quinto día todos éramos conscientes de que había una sola tierra". La cultura no es solo memoria y tradición sino también creatividad, libertad y dinamismo ascendente. Al contrario de lo que sugieren ciertas propuestas culturales y eclesiológicas, el espíritu desborda el universo cristiano, ya que la historia está habitada por él y al decir de Pablo "en Él vivimos, nos movemos y somos". Hay una atracción de la verdad, de la belleza, de la bondad que convierte a los seres humanos en aventureros del absoluto y al universo en morada de su presencia.

Al pensamiento cristiano corresponde "reconocer que el Señor está activo y obra en el mundo, en la cultura, en la vida cotidiana de la gente; busca en el corazón cultural de la comunidad, *donde* está vivo y ardiente el deseo de Dios, y también donde ese diálogo, que era amoroso, fue sofocado o no pudo dar fruto". "Hay que buscarlo porque nosotros no somos ni los

dueños ni los árbitros, sino los depositarios, los heraldos, los servidores (EG 146). Está encapsulado en forma de promesa que abre la realidad a "salir adelante". Para expresar este modo de presencia, Francisco se sirve del neologismo "misericordiano". Lo que necesita la Iglesia con mayor urgencia es vivir curando heridas y dando calor, ofreciendo cercanía y provocando proximidad. Hay una presencia del Espíritu vivificador que no permite representarlo como un Ente abstracto ni a través de contraposiciones entre lo sagrado y lo profano, entre la creación y la evolución. El Espíritu y la humanidad no suman dos. Ya Ignacio de Loyola vio en el gerundio la forma apropiada de representarse la presencia de Dios que "habita en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres entendiendo". Con razón Antonio Machado invitaba a sus alumnos a gozar de las estrofas de San Juan de la Cruz: "Mil gracias derramando/ pasó por estos sotos con presura/ y, yéndolos mirando/ con sólo su figura/ vestidos los dejó de su hermosura". Aquí reside el núcleo esencial de la propuesta cultural cristiana: encontrar las marcas y los dinamismos de un Dios entregado por amor. Una de las aportaciones teológicas más interesantes del magisterio de Francisco para introducirse en la nueva época, consiste en presentar a Dios implicado y afectado, que no puede ignorar a la humanidad.

La era de la conectividad

Si la presencia y la acción de Dios invaden el mundo, la conectividad es el estatuto de la realidad, que desactiva la lógica binaria –"o esto o aquello"–, el imaginario combativo –"a favor o contra alguien"–, y la mirada excluyente, que divide la sociedad entre amigos y enemigos, fieles o infieles. La lógica binaria se había impuesto en todos los ámbitos de la realidad a causa del uso instrumental de la razón que ha colonizado el concepto mismo de racionalidad; y con él se impuso la mentalidad de suma cero incapaz de articular la muerte y vida, el derecho y la misericordia, la teología y la pastoral. Durante décadas el universo cristiano ha estado dominado por la lógica binaria de la confrontación. Benedicto XVI inauguró su pontificado confrontando la hermenéutica conciliar de la continuidad con la de la ruptura. En clave excluyente entendió su propia elección como pontífice: "Pienso que, ya que Dios ha hecho papa a un profesor, quería que precisamente este aspecto de la reflexión, y en especial la lucha por la unidad de fe y razón, pasaran al primer plano". (*Luz del mundo*, Barcelona 2010). Siendo cardenal (1998) formuló con claridad lo que estaba en juego: "Si en el pasado cuando se presentaba la verdad quizá la caridad no resplandecía suficientemente, hoy por el contrario es grande el peligro de callar o de comprender la verdad en nombre de la caridad".

Francisco se sitúa en la lógica ecológica basada en la conectividad, la interacción y el proceso. "Todo está conectado" afirma en la encíclica *Laudato*

si', "nada puede analizarse ni explicarse de forma aislada" (61, 91, 117, 240); todo está secretamente entrelazado, la verdad y la misericordia, la continuidad y el cambio, la teología y la pastoral y en esta interacción se abre la posibilidad de una nueva era. Quien se sitúe en una lógica sistémica tendrá que afrontar la oposición radical de quienes son incapaces de amar la tierra, de asombrarse ante la técnica, o de ver en el pobre el cuerpo de Cristo.

Francisco arremete contra todo lo que se cree autosuficiente, ya sea la Iglesia auto-referencial, ya sea el imperialismo económico, que ha transformado la naturaleza en mero depósito de materiales, ya sea el pensamiento científico que "deja de lado otras formas de sabiduría"; es necesario acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, al arte y a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad" (LS 62, 63). Al servicio de esta voluntad, el humanismo cristiano recupera los códigos expresivos que proceden de la filosofía, de la ciencia, de la literatura, de la poesía. Y el cristiano se considera un "ser humano incompleto" y el cristianismo arraiga en el interior de cada cultura, que es a la vez civilización y barbarie, en sus experiencias de valor y de verdad, en los anhelos de plenitud del ser humano y en las expectativas de justicia. De modo que las culturas no son solo camino hacia Dios, sino que son también presencia de Dios en la historia, que trajina por todos los lugares, tiempos, civilizaciones y religiones. Lo cual sólo se logra en el "abajamiento". Como advierte a la Iglesia Italiana: "No debemos estar obsesionados por conseguir poder, aunque sea un poder útil y funcional para la imagen social de la Iglesia". Sino más bien estar siempre en salida de las estructuras, normas y costumbres que nos convirtieron en jueces implacables, en controladores morales y en personas narcisistas de duro corazón.

Francisco arremete contra todo lo que se cree autosuficiente, ya sea la Iglesia auto-referencial, ya sea el imperialismo económico, que ha transformado la naturaleza en mero depósito de materiales

El humanismo solidario

Trascurría el año 1943, y un misil alemán hundía en las aguas de Groenlandia un barco de la marina. Sólo los que dispusieran de un salvavidas se podían salvar. «En la lucha por la vida, cuenta un testigo, cuatro hombres permanecieron en calma y conscientes, eran cuatro capellanes castrenses: un rabino, un sacerdote católico y dos pastores evangélicos. Se apoyaron unos con otros para evitar caer sobre la cubierta que ya estaba fuertemente inclinada. Los cuatro habían cedido sus salvavidas a personas que no tenían. Antes de hundirse definitivamente se vio a los cuatro por última vez. Estaban de pie, inmóviles, se daban la mano y apoyándose en la barandilla, oraban».

La anécdota la refería Ernesto Balducci para simbolizar los rasgos de un humanismo solidario: sin duda, se trata de un acto heroico individual que trasciende la racionalidad basada exclusivamente en el interés e incluso desborda los principios de una ética utilitaria. Pero simboliza la dinámica esencial del cristianismo: aquellos hombres, que se habían dedicado en sus respectivas instituciones a justificar en nombre de Dios la entrega de su vida por la patria, descubrían a fuego la solidaridad como hecho total y quedaban unidos por algo mayor que las razones, las éticas o las confesiones particulares de cada uno de ellos. Los cuatro estaban vinculados por un espíritu, que se arraiga en diferentes tradiciones religiosas, pero las trasciende al asumir como máximo valor el don de la propia vida.

Los que pertenecían a distintas iglesias que se discutían territorios religiosos, entendieron que Alguien les unía.